

La prestigiosa editorial Atalanta que dirige Jacobo Siruela está a punto de culminar la publicación de la más importante y voluminosa obra del mitólogo

## Los mitos

norteamericano Joseph Campbell, los cuatro volúmenes de «Las máscaras de Dios», un profuso y preciso repaso de mitología comparada desde las sociedades primitivas –y sus correlatos con el arte contemporáneo–, hasta las diversas orientaciones espirituales que proponen las culturas de Oriente y de Occidente. La nueva y cuidada edición con la traducción revisada que hace dos décadas llevaron a cabo Belén Urrutia e Isabel Cardona, pone al día los datos científicos e históricos con la supervisión de la propia fundación de Joseph Campbell, considerado junto a Mircea Eliade el más importante erudito en el estudio de los mitos. Su actualización es todo un acontecimiento cultural de primer orden en el ámbito lingüístico castellano.



Máscaras en Katmandú, con rasgos que imitan las estéticas africana, polinesia e hinduista. La máscara es, como relató Joseph Campbell, parte constitutiva de ritos comunes en la práctica totalidad de las culturas antiguas del hombre.

# Joseph Campbell

## Las máscaras de Dios

JUAN ARNAU  
Filósofo

»» El mito es el que piensa. Pero también el que respira. Vivimos en los mitos como el pez en el agua. Los mitos son nuestro aliento, incluso en el escéptico, en el que cree vivir sin ellos. El mito es el que busca y obedece, el mito es orientación y guía, sumisión y liberación. Hoy vivimos en el mito de la ciencia, que es lineal y progresivo, pero hubo tiempos en que los mitos eran signos en rotación, circulares y eternos. Joseph Campbell, en un esfuerzo titánico, sostenido durante décadas, recogió esos mitos en cuatro volúmenes, que son ya clásicos y que ahora publica Atalanta, en una edición revisada por la Fundación Campbell, con la elegancia habitual del sello.

El mito goza de una distancia irónica con la realidad y, cuando está bien contado, equilibra esa querencia tan humana por la literalidad. Y si nos guía sin que lo advirtamos, si se pone la máscara de lo «literal», entonces su eficacia resulta incontestable. Pues ya no es posible leerlo entre líneas o rastrear sus inclinaciones (los mitos se inclinan como los juncos). Ahí es cuando el mito se vuelve peligroso, pues adquiere un efecto paralizante, coarta cualquier posibilidad de interpretación y cierra el abanico de posibilidades. Nos quita el aire e impide la participación. Entonces no vivimos en el mito, sino que es el mito el que nos vive, abocándonos a la ceguera o la estupidez.

Las imágenes míticas rigen las vidas y las culturas de un modo implícito. Hoy el mito dominante, que es el de la ciencia, exige la desacralización de la naturaleza. Al hacerlo excluye, de un modo inmediato, otro mito, el mito de la diosa, que Campbell trató en una serie de conferencias recogidas en otro libro (*Diosas*, 2016). Ese mito, el de la diosa madre, percibe el universo como un todo orgánico, sagrado y vivo. La diosa es el núcleo del universo y sus «hijos» todo el mundo natural: los

ríos y las montañas, los planetas y las estrellas y, por supuesto, todos los seres vivos. Las diferentes formas de vida se encuentran entrelazadas porque todas participan de la santidad de la fuente original. Con el programa científico del «domino de la naturaleza», nuestra imagen mítica de la tierra perdió esa dimensión. Si la tuviera, no podríamos explotarla como lo hacemos. La abrimos en canal para trazar carreteras, la penetramos violentamente en busca de gas o combustibles fósiles, y no nos duelen prendas. Nuestro bienestar exige esa profanación. Hoy, el cuerpo entero de la tierra corre un peligro de inédita magnitud. A nuestras espaldas se amontonan los escombros no sólo de las civilizaciones pretéritas, sino también los de nuestros propios residuos. Los desechos de las centrales nucleares y químicas, las toneladas de plástico que surcan los océanos, la chatarra espacial que amenaza con caer sobre nuestras cabezas. Desde la época babilónica sabemos que la diosa, asociada con la naturaleza, comenzó a considerarse como una fuerza caótica que debía ser sometida. Ese fue el

comienzo de una crisis y un progresivo divorcio que llega hasta nuestros días. La humanidad y la naturaleza han llegado a colocarse en polos opuestos. El hábito de erigir el pensamiento a partir de términos opuestos, como hacen los lenguajes binarios de los ordenadores, ha desencadenado el poder imparable de lo virtual. Ya no vivimos en el mundo, en el paisaje, sino contra el mundo, a pesar del mundo. Un poder que, en la época moderna, inaugura *Don Quijote* y cuya manifestación más reciente puede verse en la última película de Spielberg.

### La definición del mito

Las definiciones del mito son casi tan extensas como las variedades de mitos. Joseph Campbell nos ha dejado algunas de ellas. El mito como «apertura» a través de la cual las energías cósmicas se transforman en manifestaciones culturales. O, de un modo más general, los relatos de la raza humana, relatos con los que cargamos y mediante los cuales nos proyectamos hacia el futuro. El mito es el sueño que todo el mundo tiene, o que tiene



4. LAS MÁSCARAS DE DIOS  
MITOLOGÍA CREATIVA. Joseph Campbell  
► Atalanta. En imprenta



3. (...) MITOLOGÍA  
► Atalanta  
744 PÁGS. 33 €

## CAMPBELL, EL ATLETA ANTROPÓLOGO

■ El estudio comparado de las religiones, y en concreto el de los rituales y mitos con que estas se acompañan, tienen en Joseph Campbell junto a Mircea Eliade a sus dos mayores sabios contemporáneos. Campbell nació en 1904, en el seno de una familia católica asentada en una pequeña población del estado de Nueva York y se interesó desde niño por la cultura de los indios nativos norteamericanos. Muy pronto descubrió elementos sincréticos entre el catolicismo y las creencias sioux, lo que llevaría toda su vida intelectual a la persecución de factores comunes en las religiones del mundo, para lo cual, además, se convirtió en todo un políglota que dominaba multitud de lenguas, incluyendo el sanscrito o el japonés, así como el ale-

mán, el latín o el francés arcaico y el occitano entre otros. Su primer viaje a París con apenas veinte años le pone en contacto con la alta cultura europea y también con los mejores escritores norteamericanos de la llamada *Generación perdida*, de Hemingway a Dos Passos o Steinbeck, de quien fue íntimo amigo. Se interesó por la filosofía nihilista –por Schopenhauer y Nietzsche–, así como por el psicoanálisis de Freud y, sobre todo, por los arquetipos de Carl Gustav Jung. Europa, también, despertó su avidez de conocimiento por la pervivencia de formas primitivas en el arte de las vanguardias, en especial en Picasso y otros cubistas y abstractos. Años después, en contacto con escritores contraculturales como Alan Watts volverá a

estudiar el pensamiento oriental, hasta el punto de convertirse en el alumno predilecto del indólogo más importante de la época, Heinrich Zimmer, de quien será su albacea testamentario. Fue también un atleta sobresaliente, hasta el punto de disputar campeonatos internacionales de medio fondo, así como amante de la naturaleza (pasó cinco años en una cabaña en mitad del bosque de Woodstock), y un excepcional divulgador y comunicador, lo que le llevó no solo a dar clases durante décadas sino también a pronunciar multitud de conferencias, intervenir en vídeos y radios, escribir guiones, asesorar documentales y hasta convertirse en personaje televisivo en una serie de entrevistas con Bill Moyers.



una sociedad en una época determinada. Hay, además, mitos públicos y mitos privados. Ambos se manifiestan en el mundo onírico, que es como el otro lado del espejo en el que se miran los mitos: «El sueño es el mito personalizado; el mito es el sueño despersonalizado». Los mitos, además, empalagan. Como los poemas, hay que leer sólo unos pocos, deglutirlos lentamente, interiorizarlos, si no queremos que se conviertan en tediosa letanía. Cualquier lector de Robert Graves o del propio Campbell lo sabe. Hay que ir despacio si no se quiere quedar anegado por toda la energía psíquica que encapsulan.

Mientras la historia erige el archivo del pasado, consignado en una sucesión de acontecimientos manifiestos, hay otra corriente que discurre, irrefrenable, por el subsuelo. Ese acontecer oculto ejerce una poderosa influencia sobre el espíritu humano, pero no siempre se manifiesta en acontecimiento y no siempre es posible registrarlo. Algunos hombres y mujeres imaginativos han logrado realizar valiosas incursiones en esa dimensión desconocida. Pienso en Anne Baring y Jules Cashford, que han seguido el hilo dorado de una historia dramática y extrañamente sugerente, desde las primeras estatuillas del Paleolítico hasta las representaciones contemporáneas de la virgen María, recogidas en *El mito de la diosa* (2005). O en los trabajos de Mircea Eliade, Heinrich Zimmer, Robert Graves, Henry Corbin o Carl Jung. Todas esas investigaciones han encontrado similitudes y paralelismos en culturas aparentemente inconexas (tanto en el espacio como en el tiempo), planteando el ineludible interrogante sobre los modos de transmisión de todo ese contenido psíquico.

### La evolución del mito

Las necesidades humanas cambian, también lo hacen los mitos. Campbell describe esa evolución desde los primeros cazadores-recolectores. Entonces la naturaleza se hallaba investida del espíritu y la presencia divina. El mito pretendía resolver el conflicto que suponía la muerte de un animal divino. La víctima, cuyo origen es una fuente arquetípica eterna, se entrega dispuesta pues sabe que su vida retorna a la Madre. La matanza se convierte en un ritual del que participan por igual el animal y el hombre, sacrificador y sacrificado (una dialéctica que explicó de un modo ejemplar René Girard en *La violencia y lo sagrado*). Con la Edad

## Campbell explica cómo los indoeuropeos y semitas trajeron a los dioses guerreros, degradando el elemento femenino

del Bronce y las primeras sociedades agrarias, tanto en Oriente Próximo como en Mesopotamia, los mitos sufren una nueva mutación. El mundo vegetal se convierte en el objeto de los sacrificios simbólicos y rituales. Es en esta segunda fase en la que aparece el mito de la Diosa. La Madre Tierra y su hijo-consorte, que muere y resucita. De ella surgen todas las formas de vida y a ella regresan. Los nuevos motivos son cíclicos: las fases de la luna y la sucesión rítmica de las estaciones y los cultivos. La tercera fase llega con las primeras civilizaciones. La observación de los astros induce la idea de un patrón cósmico, en el que los individuos son meros participantes de un programa eterno. El Sol es el soberano y los planetas su corte. La Diosa Madre sobrevive en este esquema, pero ahora sus poderes están limitados por un marco rígido de relojería. Las incursiones bárbaras cambiarán este esquema. Los pueblos indoeuropeos y los semitas traen una mitología dominada por un dios guerrero cuyo símbolo es el rayo. La tecnología extranjera del hierro subyuga el viejo mito de la Diosa. Las mitologías de Grecia, India y Persia son el resultado de esa fusión. Zeus e Indra, dioses del trueno, interactúan con Deméter y Dionisio, cuyo sacrificio y renacimiento ritual da testimonio de su origen pre-indoeuropeo y, todavía, se representa en la Grecia clásica. El centro se desplaza hacia lo masculino. Zeus asciende al trono de los dioses y Dionisio es degradado a semidiós. En la mitología bíblica el elemento femenino es degradado hasta el extremo.

Walter Otto y Robert Graves han sido grandes narradores de mitos. El propio Campbell, que en su juventud fue un gran velocista, es un narrador solvente y ágil, que ni se adorna ni se detiene en bagatelas. Como pensador, combina elementos de mitología medieval, amor romántico y espíritu moderno. Para Campbell, en nuestro tiempo la función tradicional de los mitos ha sido asumida por poetas, artistas y filósofos creativos (Thomas Mann, Pablo Picasso y James Joyce eran algunos de sus preferidos).

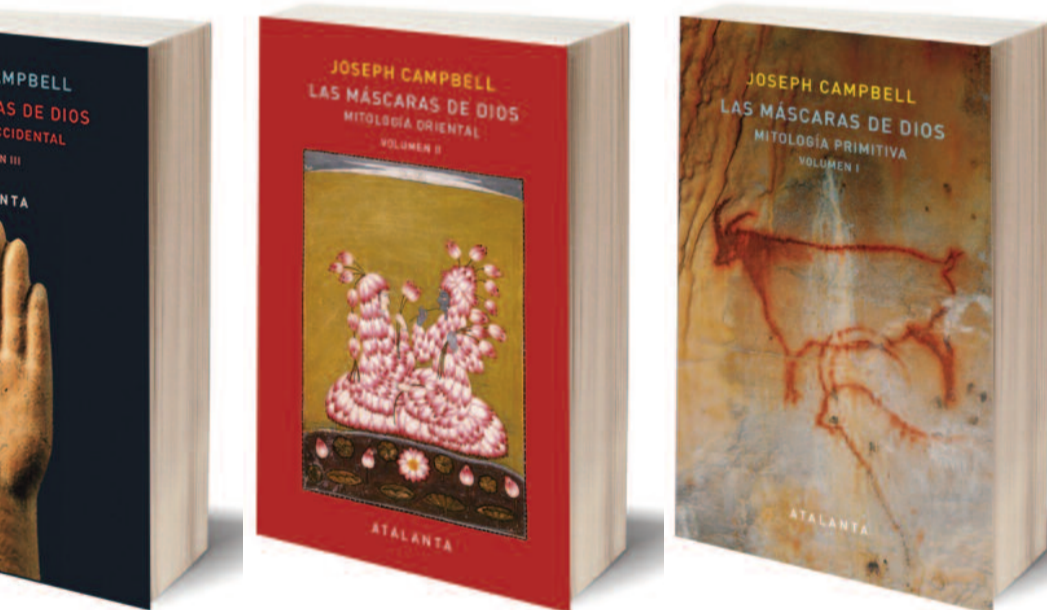
Mientras los sacerdotes tienden a una lectura literal de sus propios mitos (como hicieron los modernos profetas del positivismo y del conductismo, que idolatraron el «método científico» sin interesarse demasiado por

su funcionamiento); los poetas y artistas, siendo ellos mismos creadores de imágenes, advierten en seguida que toda representación (ya sea el cuerpo visible de una piedra o el mental de una palabra o ecuación) se encuentra sujeta a diferentes lecturas y modos de interiorización. Campbell sugiere que ambos, el científico y el poeta, son creadores, pero la poesía del primero es exagerada (y en ese sentido emula la autoridad del profeta), mientras que la del segundo es irónica y abierta a sorpresas: la alegría o la angustia, el terror demoníaco o el éxtasis místico. Así, las diferentes religiones y tradiciones míticas serían las diversas «máscaras» de idénticas y trascendentes verdades, por otro lado inalcanzables.

### La utilidad del mito

Las funciones del mito son innumerables, pero Campbell destaca cuatro. La primera, quizá la más conocida, es la identitaria. El mito sirve en este caso para apoyar el orden establecido o para subvertirlo. Se trata de un mito que no sólo integra orgánicamente al individuo en el grupo, sino que amplifica esa pertenencia. Las diferentes mitologías nacionales, raciales, religiosas o de clase son su manifestación más reciente. Ya no se trata de un fenómeno exclusivo de países en vías de desarrollo, donde una deficiente educación fomenta la credulidad, sino que prolifera en los países más seculares y democráticos. Una ola de neotribalismo recorre Europa, especialmente en las sociedades más ricas y desarrolladas. Un fenómeno que tiene mucho que ver con el miedo a la inmigración y, sobre todo, con el aburrimiento. El mito contribuye a fijar, en los miembros del grupo, la asociación entre un sistema de signos y otro de sentimientos. Juntos generan una fuerza impersonal que acaba resultando imparabla.

Otra de las funciones esenciales del mito, más filosófica, es la de fomentar el asombro, el misterio de la existencia. Las emociones asociadas a dicho enigma van desde el miedo al éxtasis místico. Los maestros del aliento espiritual son aquellos que han logrado encontrar su propio mito y, gracias a su excepcional agudeza sensible y creativa, hacer participar a los demás del mismo. Una tercera función, asociada a la anterior, es la cosmológica. El mito establece una imagen del universo, la visión de un orden espacio-temporal (hoy día matemáticamente impersonal, pero antaño poblado de emociones oscuras o luminosas). Finalmente, el mito de la subjetividad, el que orienta al individuo en el orden de realidades de su propia psique, guiándole hacia su propia perdición o realización espiritual. Hoy sabemos que la desaparición de las máscaras fue un vano sueño, que no hay leyes en sí mismas y que nunca hay que subestimar las posibilidades de una metáfora. Sin embargo, seguimos jugando a que no lo sabemos, y nos inclinamos ante las máscaras por miedo a nuestra naturaleza, por miedo a creer en la unidad de todas las cosas.



1. (...) MITOLOGÍA OCCIDENTAL

2. (...) MITOLOGÍA ORIENTAL

► Atalanta  
704 PÁGS. 32 €

1. (...) MITOLOGÍA PRIMITIVA

► Atalanta  
700 PÁGS. 30 €

Campbell ha aportado conocimientos ingentes sobre antropología y religión, y algunas de sus ideas más originales han sobrepasado el ámbito académico, como su visión del héroe clásico, una figura que Campbell ilumina comparando personajes que abarcan desde los caballeros medievales en busca del Grial al Jasón de los argonautas pasando por las leyendas polinesias, las divinidades egipcias o las metáforas de las sagas indias. Hollywood se ha rendido a la influencia de las explicaciones de Campbell, empezando por George Lucas, quien siempre ha reconocido que buena parte de los perfiles por él creados para *Stars Wars*, como Obi-Wan Kenobi o Darth Vader, están inspirados directamente en libros de Campbell como *El héroe de las mil caras* (1949), en el que introduce el concepto de «monomito», no exento de controversia pero reconocible en historias actuales como *Matrix*, *Juego de tronos* o buena parte de los argu-

mentos de la factoría Marvel o de la Disney. *Las máscaras de Dios* arranca con los ritos de iniciación a la madurez de los niños en los que la máscara tribal juega el rol de los dioses o de las fuerzas que matan o transforman al ser en busca de iniciar su proceso de autorresponsabilidad en la vida. Una idea que Campbell hace recorrer de Oriente a Occidente, y desde la Prehistoria al arte y la sociedad contemporánea, y que compiló en cuatro volúmenes, imprescindibles para comparar las culturas humanas. En ese sentido, el autor norteamericano es un adelantado de las ideas de transculturalidad que hoy están en boga, aunque él siempre defendió, como Jung, la necesidad de mantener al hombre dentro del universo espiritual. *Las máscaras de Dios* (*The Masks of God*) fueron escritas y publicadas entre 1959 y 1968, pero hasta 1991 no vieron la luz en España. Campbell murió a los 83 años en Honolulu. **JUAN LAGARDERA**



Joseph Campbell en el programa televisivo «Bill Moyers Journal», en abril de 1981.